

se iban tras su bolsa:—Buen hombre, id tras aquella muger y quitadle la bolsa, aunque no quiera, y volved aquí con ella: y no lo dijo á tonto ni á sordo, porque luego partió como un rayo, y fué á lo que se le mandaba. Todos los presentes estaban suspensos, esperando el fin de aquel pleito, y allí á poco volvieron el hombre y la muger, mas asidos y aferrados que la vez primera: ella la saya levantada, y en el regazo puesta la bolsa, y el hombre pugnando por quitársela, mas no era posible, segun la muger la defendia, la cual daba voces, diciendo:—Justicia de Dios y del mundo: mire vuesa merced, señor gobernador, la poca vergüenza y el poco temor deste desalmado, que en mitad de poblado y en mitad de la calle me ha querido quitar la bolsa que vuesa merced mandó darme.—¿Y haosla quitado? preguntó el gobernador.—¿Cómo quitar? respondió la muger, antes me dejara yo quitar la vida que me quiten la bolsa: bonita es la niña, otros gatos me han de echar á las barbas, que no este desventurado y asqueroso: tenazas y martillos, mazos y escoplos no serán bastantes á sacármela de las uñas, ni aun garras de leones, antes el ánima dé en mitad en mitad de las carnes.—Ella tiene razon, dijo el hombre, y yo me doy por rendido y sin fuerzas, y confieso que las mias no son bastantes para quitársela, y dejóla. Entonces el gobernador dijo á la muger:—Mostrad, honrada y valiente, esa bolsa: ella se la dió luego, y el gobernador se la volvió al hombre, y dijo á la esforzada y no forzada:—Hermana mia, si el mesmo aliento y valor que habeis mostrado para defender esta bolsa, le mostrárades, y aun la mitad menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza: andad con Dios y mucho de enhoramala, y no pareis en toda esta ínsula, ni en seis leguas á la redonda, so pena de docientos azotes: andad luego, digo, churrillera desvergonzada y embaidora. Espantóse la muger, y fuése cabizbaja y mal contenta, y el gobernador dijo al hombre:—Buen hombre, andad con Dios á vuestro lugar con vuestro dinero, y de aquí adelante, si no le quereis perder, procurad que no os venga en voluntad de yogar con nadie. El hombre le dió las gracias lo peor que supo, y fuese, y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juicios y sentencias de su nuevo gobernador. Todo lo cual notado de su coronista fué luego escrito al Duque, que con gran deseo lo estaba esperando: y quédese aquí el buen Sancho, que es mucha la priesa que nos da su amo alborozado con la música de Altisidora.



CAPÍTULO XLVI.

Del temeroso espanto cencerril y gatuno, que recibió Don Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora.

DEJAMOS al gran Don Quijote envuelto en los pensamientos que le habia causado la música de la enamorada doncella Altisidora. Acostóse con ellos, y como si fueran pulgas, no le dejaron dormir ni sosegar un punto, y juntábasele los que le faltaban de sus medias; pero como es ligero el tiempo, y no hay barranco que le detenga, corrió caballero en las horas, y con mucha presteza llegó la de la mañana. Lo cual visto por Don Quijote, dejó las blandas plumas, y no nada perezoso se vistió su acamuzado vestido, y se calzó sus botas de camino por encubrir la desgracia de sus medias. Arrojóse encima su manton de escarlata, y púsose en la cabeza una montera de terciopelo verde, guarnecida de pasamanos de plata: colgó el tahalí de sus hombros con su buena y tajadora espada: asió un gran rosario que consigo continuo traia, y con gran prosopopeya y contoneo salió á la antesala, donde el Duque y la Duquesa estaban ya vestidos y como esperándole: y al pasar por una galería estaban á posta esperándole Altisidora y la otra doncella su amiga, y así como Altisidora vió á Don Quijote, fingió desmayarse, y su amiga la recogió en sus faldas, y con gran presteza la iba á desabrochar el pecho. Don Quijote que lo vió, llegándose á ellas, dijo:—Ya sé yo de qué proceden estos accidentes.—No sé yo de qué, respondió la amiga, porque Altisidora es la doncella mas sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un ay en cuanto ha que la conozco: que mal hayan cuantos caballeros andantes hay en el mundo, si es que todos son desagradecidos: váyase vuesa merced, señor Don Quijote, que no volverá en sí esta pobre niña en tanto que vuesa merced aquí estuviere. A lo que respondió Don Quijote:—Haga vuesa merced, señora, que se me ponga un laud esta noche en mi aposento, que

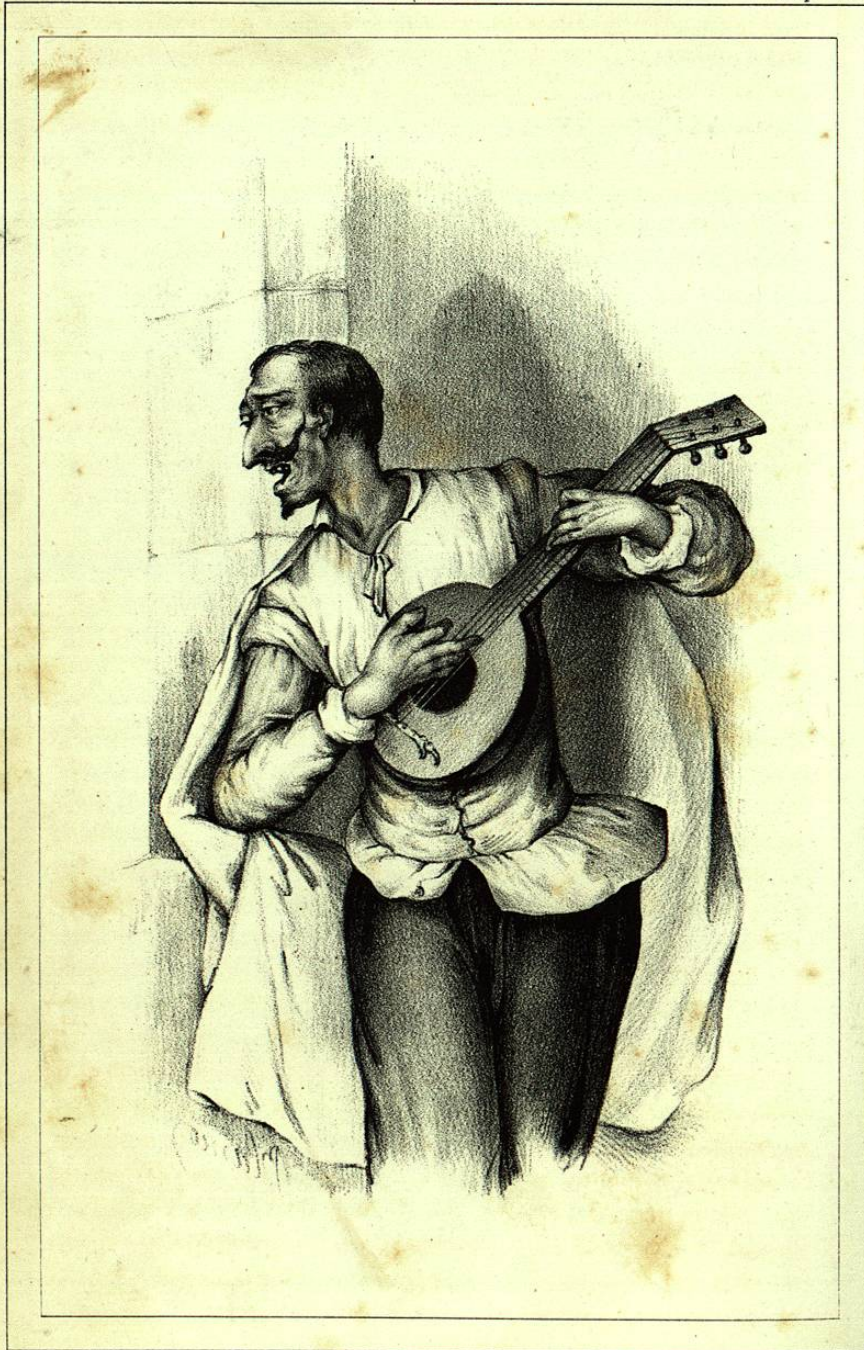
yo consolaré lo mejor que pudiere á esta lastimada doncella, que en los principios amorosos, los desengaños prestos suelen ser remedios calificados: y con esto se fué, porque no fuese notado de los que allí le viesen. No se hubo bien apartado, cuando volviendo en sí la desmayada Altisidora, dijo á su compañera:—Menester será que se le ponga el laud, que sin duda Don Quijote quiere darnos música, y no será mala siendo suya. Fueron luego á dar cuenta á la Duquesa de lo que pasaba y del laud que pedia Don Quijote, y ella alegre sobre modo concertó con el Duque y con sus doncellas de hacerle una burla que fuese mas risueña que dañosa, y con mucho contento esperaban la noche, que se vino tan apriesa como se habia venido el día, el cual pasaron los Duques en sabrosas pláticas con Don Quijote: y la Duquesa aquel día real y verdaderamente despachó á un paje suyo, que habia hecho en la selva la figura encantada de Dulcinea, á Teresa Panza, con la carta de su marido Sancho Panza, y con el lio de ropa que habia dejado para que se le enviase, encargándole le trujese buena relacion de todo lo que con ella pasase. Hecho esto y llegadas las once horas de la noche, halló Don Quijote una vihuela en su aposento: templóla, abrió la reja, y sintió que andaba gente en el jardín, y habiendo recorrido los trastes de la vihuela, y afinándola lo mejor que supo, escupió y remondóse el pecho, y luego con una voz ronquilla, aunque entonada, cantó el siguiente romance, que él mesmo aquel día habia compuesto:—

Suelen las fuerzas de amor
Sacar de quicio á las almas,
Tomando por instrumento
La ociosidad descuidada.

Suele el coser y el labrar
Y el estar siempre ocupada,
Ser antídoto al veneno
De las amorosas ansias.

Las doncellas recogidas,
Que aspiran á ser casadas,
La honestidad es la dote
Y voz de sus alabanzas.

Los andantes caballeros,
Y los que en la corte andan,
Requíebanse con las libres,
Con las honestas se casan.



Hay amores de levante,
Que entre huéspedes se tratan,
Que llegan presto al poniente,
Porque en el partir se acaban.

El amor recién venido,
Que hoy llegó y se va mañana,
Las imágenes no deja
Bien impresas en el alma.

Pintura sobre pintura
Ni se muestra, ni señala,
Y do hay primera belleza,
La segunda no hace baza.

Dulcinea del Toboso
Del alma en la tabla rasa
Tengo pintada de modo,
Que es imposible borrarla.

La firmeza en los amantes
Es la parte más preciada,
Por quien hace amor milagros,
Y asimesmo los levanta.

Aquí llegaba Don Quijote de su canto, á quien estaban escuchando el Duque y la Duquesa, Altisidora y casi toda la gente del castillo, cuando de improviso desde encima de un corredor que sobre la reja de Don Quijote á plomo caía, descolgaron un cordel donde venian mas de cien cencerros asidos, y luego tras ellos derramaron un gran saco de gatos, que asimesmo traian cencerros menores atados á las colas. Fué tan grande el ruido de los cencerros y el mayor de los gatos, que aunque los Duques habian sido inventores de la burla, todavía les sobresaltó, y temeroso Don Quijote quedó pasmado, y quiso la suerte que dos ó tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y dando de una parte á otra, parecia que una legion de diablos andaba en ella. Apagaron las velas que en el aposento ardian, y andaban buscando por do escaparse. El descolgar y subir del cordel de los grandes cencerros no cesaba: la mayor parte de la gente del castillo, que no sabia la verdad del caso, estaba suspensa y admirada. Levantóse Don Quijote en pié, y poniendo mano á la espada, comenzó á tirar estocadas por la reja, y á decir á grandes voces:—Afuera, malignos encantadores, afuera, canalla hechiceresca, que yo soy Don Quijote de la Mancha, contra

quien no valen ni tienen fuerza vuestras malas intenciones, y volviéndose á los gatos que andaban por el aposento, les tiró muchas cuchilladas: ellos acudieron á la reja, y por allí se salieron, aunque uno viéndose tan acosado de las cuchilladas de Don Quijote, le saltó al rostro y le asió de las narices con las uñas y los dientes, por cuyo dolor Don Quijote comenzó á dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo cual el Duque y la Duquesa, y considerando lo que podía ser, con mucha presteza acudieron á su estancia, y abriendo con llave maestra, vieron al pobre caballero pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. Entraron con luces y vieron la desigual pelea: acudió el Duque á despartirla, y Don Quijote dijo á voces:—No me le quite nadie, déjenme mano á mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le daré á entender de mí á él quien es Don Quijote de la Mancha. Pero el gato no curándose destas amenazas, gruñía y apretaba. Mas en fin el Duque se le desarraigó, y le echó por la reja: Quedó Don Quijote acibado el rostro y no muy sanas las narices, aunque muy despechado, porque no le habian dejado fenecer la batalla que tan trabada tenia con aquel malandrín encantador. Hicieron traer aceite de aparicio, y la mesma Altisidora con sus blanquísimas manos le puso unas vendas por todo lo herido, y al ponerse las, con voz baja, le dijo:—Todas estas malandanzas te suceden, empedernido caballero, por el pecado de tu dureza y pertinacia, y plega á Dios que se le olvide á Sancho tu escudero el azotarse, porque nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tú la goces, ni llegues á tálamo con ella, á lo menos viviendo yo que te adoro. A todo esto no respondió Don Quijote otra palabra, sino fué dar un profundo suspiro, y luego se tendió en su lecho, agradeciendo á los Duques la merced, no porque él tenia temor de aquella canalla gatesca encantadora y cencerruna, sino porque habia conocido la buena intencion con que habian venido á socorrerle. Los Duques le dejaron sosegar, y se fueron pesarosos del mal suceso de la burla, que no creyeron que tan pesada y costosa le saliera á Don Quijote aquella aventura, que le costó cinco dias de encerramiento y de cama, donde le sucedió otra aventura mas gustosa que la pasada, la cual no quiere su historiador contar ahora, por acudir á Sancho Panza, que andaba muy solícito y muy gracioso en su Gobierno.



CAPÍTULO XLVII.

Donde se prosigue como se portaba Sancho Panza en su Gobierno.

QUENTA la historia que desde el juzgado llevaron á Sancho Panza á un suntuoso Palacio, adonde en una gran sala estaba puesta una Real y limpiezima mesa, y así como Sancho entró en la sala, sonaron chirimías y salieron cuatro pages á darle aguamanos, que Sancho recibió con mucha gravedad. Cesó la música, sentóse Sancho á la cabecera de la mesa, porque no habia mas de aquel asiento y no otro servicio en toda ella. Púsose á su lado en pié un personaje, que despues mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano. Levantaron una riquísima y blanca tohalla, con que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno que parecia estudiante echó la bendicion, y un page puso un babador randado á Sancho: otro que hacia el oficio de maestresala llegó un plato de fruta delante; pero apenas hubo comido un bocado, cuando el de la varilla tocando con ella en el plato, se le quitaron de delante con grandísima celeridad; pero el maestresala le llegó otro de otro manjar. Iba á probarle Sancho; pero antes que llegase á él, ni le gustase, ya la varilla habia tocado en él, y un page alzádole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo cual por Sancho, quedó suspenso, y mirando á todos preguntó, si se habia de comer aquella comida como juego de Maesecoral. A lo cual respondió el de la vara:—No se ha de comer, señor Gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras Ínsulas donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico, y estoy asalariado en esta Ínsula para serlo de los Gobernadores de ella, y miró por su salud mucho mas que por la mia, estudiando de noche y de dia, y tanteando la complecion del Gobernador para acertar á curarle cuando cayere enfermo, y lo principal que hago es asistir á sus comidas y cenas, y á dejarle comer de lo que me parece que le conviene, y á quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago, y así man-